

CATALINA PARR.



CATALINA PARR,

REINA DE INGLATERRA.

A veces, cuando oigo la música, me recuerda las habilidades que tenía; el canto, la poesía, la danza; y tengo deseos de desahirme de la desgracia, de recobrar la alegría, pero de súbito, un sentimiento interior me hace estremecer: se diría que soy como una sombra que quiere permanecer en la tierra cuando la luz y la cercanía de las personas vivas, la obligan a desaparecer.

No es el primer amor el que no se borra, pues proviene de una como necesidad de amar; pero, cuando después de haber conocido la vida y teniendo toda la fuerza del juicio, se halla por fin el alma que hasta entonces se había buscado en vano, la razón se une a la imaginación y la pérdida de las ilusiones y la muerte de aquel amor postrero, no dejan más halagüena esperanza que la muerte del cuerpo.

(MME. STAEL.)

I.

Hemos llegado á la sexta y última esposa del ferroz y sanguinario Enrique VIII, rey de Inglaterra.

Esta mujer, tan bella como desgraciada, es posible que hubiera perecido también, como sus antecesoras, á no haber Dios sacado de este mundo á su régio esposo.

Catalina Parr es célebre, no sólo por su hermo-

sura y su elevada jerarquía, sino también por su talento, su brillante instrucción y por las amargas desgracias que la aquejaron durante los últimos años de su vida.

Sigámosla en su carrera con la misma atención que á sus predecesoras.

Jorge Bryan Augusto Parr, Conde soberano de Essex y tío paterno de aquel desventurado Arturo de Essex, que fué esposo y verdugo después de Catalina Howard, casó en sus mocedades con una hija del Duque de Surrey, bella y adorable jóven y riquísima además por su padre y su madre.

Lady Geraldina Surrey, al casarse, acababa de cumplir diez y siete años.

Su educación difería algo de la que generalmente se da á las jóvenes inglesas, pues su padre, orgulloso en extremo con la belleza de su hija, la llevaba á todas las funciones de la corte, á los bailes y á los espectáculos.

En todos estos sitios, la hermosura de Geraldina excitaba murmullos de admiración.

Algunas madres envidiosas por sus hijas de las gracias y la opulencia de la jóven, criticaban amargamente la frecuencia con que se presentaba en público; pero como su virtud era inmaculada é iba siempre acompañada de su anciano padre, esto no fué un obstáculo para que se le presentasen los más brillantes partidos.

Dióse la preferencia, después de maduras deliberaciones, á lord Parr, y es preciso confesar que esta preferencia fué muy del gusto de Geraldina.

Jorge Augusto Parr reunía á la más gallarda presencia las más brillantes dotes de carácter y de corazón; era valeroso, elegante, magnánimo y sus modales eran dulcísimos, ostentando al mismo tiempo la más exquisita distinción y la más completa cortesía.

Su estatura, alta y gallarda, estaba realizada por su traje, que unía siempre á la magnificencia el más delicado buen gusto; tenía la tez morena, los ojos grandes y negros, la cabellera de azabache, rizada y lustrosa, la boca de carmin y los dientes de nácar.

Geraldina Surrey parecía haber sido formada para hacer resaltar, con su casta y angelical belleza, la vigorosa gallardía de su marido.

Era tal la riqueza y hermosura de su cabellera, que en la corte se decía, como proverbio, entre los galantes caballeros:

—He visto á una jóven rubia, con unos cabellos casi tan hermosos como los de Mis Surrey.

Tenía la tez de nieve y rosa, los ojos azules, grandes y dulcísimos como el cielo, la boca semejante á un capullo de rosa, y la frente parecida á la de una estatua griega.

Su estatura mediana era esbelta y casi diáfana, y

á todos estos encantos unía el carácter más bello y más amable.

Cuando se celebró el enlace y los jóvenes esposos se presentaron en público, las gentes se asomaban á las ventanas para verlos pasar, sentados uno al lado del otro en su dorada carroza, y las sencillas gentes del pueblo se atropellaban en la calle para poder contemplarlos un instante.

Lord Parr presentó á la decision de su esposa dos proyectos muy diferentes.

Era el uno presentarla en la córte como á su esposa, y vivir en medio de fiestas y placeres.

El otro ir á pasar una temporada á sus tierras para que admirase la suntuosidad de su castillo señorial y la riqueza y la gran fertilidad de sus dominios.

—¿Qué opinas tú, querido Jorge? preguntó Geraldina, que habia quedado pensativa.

—A la verdad, esposa mía, que no lo sé, respondió sonriendo Jorge; los dos partidos me gustan.

—¿Pero qué es lo que prefieres? la caza, ó las fiestas de la córte?

Esta pregunta fué hecha con cierta risita maliciosa, pues la pasion de la caza estaba en extremo arraigada entre los grandes señores de la córte, y las damas veian en ella una rival muy peligrosa.

Lord Parr comprendió la pregunta y respondió, abrazando á su mujer con ternura:

—Amada Geraldina, no temas á la caza como una rival: sólo iré á la de cetrería, y eso cuando tú quieras acompañarme con tu halcon.

—Cómo, ¿renunciarias á la montería?

—Sí, puesto que tú no querrás participar de ella.

—¿Y á las batidas en los bosques?

—Tambien; pasaremos los dos por ellos y cazaremos mariposas; me basta, para ser feliz, estar en tu compañía, en aquellos sitios donde se ha pasado mi infancia.

—Iremos, pues, al castillo, dijo alegremente Geraldina; veo que estarás mejor que aquí.

—No lo creas; tambien me agradan los torneos, los saraos, los paseos; porque en ellos podré envanecerme de tu belleza y causar envidia á muchos.

—Entónces ¿qué haremos? exclamó la jóven muy pensativa.

—Repito lo que ántes te dije; lo que tú quieras.

—Pues lo dicho, repuso Geraldina; nos iremos al castillo, pasaremos, cazaremos mariposas, leeremos y daremos limosnas; allí seremos más dichosos que aquí, donde jamás nos faltan importunos y convites, y donde pueden pensar en tí para conferirte algun cargo de la córte.

Al día siguiente, la enamorada pareja iba á pasar la luna de miel á su castillo señorial.

Dos años despues, Lady Parr no habia vuelto ni

una sola vez á Londres y su esposo habia ido sólo cuando le llamaba algun negocio urgente é indispensable.

Tenian en su magnifico castillo todo lo necesario para embellecer la vida, además de su amor, cada dia más acendrado y tierno, y de dos hermosos hijos de uno y dos años.

II.

Guillermo, el primogénito de lord Parr, prometia ser un hermoso y gallardo muchacho; pero nada podia compararse á la suave belleza de Catalina, que era la menor.

Entremos en el castillo de su padre ocho años despues del casamiento de éstos, y los conoceremos.

Era una bella tarde de Mayo y ya el sol se retiraba á su ocaso, cuando en el gran parque del castillo aparecieron, como dos estrellas vespertinas, dos hermosas criaturas acompañadas por una señora de edad madura, y fisonomía dulce y bondadosa.

Eran los dos hijos de lord Parr.

Guillermo contaba siete años, y uno ménos su hermana.

El niño tenia, como su padre, la tez ligeramente morena, los ojos negros y tambien los cabellos; sus movimientos, algo bruscos, estaban llenos de una viveza petulante y graciosa; su frente ancha y lo ardoroso y expresivo de su mirada, demostraban gran nobleza de instinto y de inteligencia, y al mismo

tiempo un carácter apasionado y no excaso de resolución.

Llevaba un rico traje de terciopelo guarnecido de soberbios encajes, y al cuello el collar de oro con doble vuelta, que usaban todos los nobles de la época.

Su hermanita era tan admirablemente bella, que los ojos quedaban como estáticos al fijarse en su infantil figura.

Tenia la portentosa cabellera dorada y sedosa de su madre, y los negro ojos de lord Parr, con sus negras cejas y sus largas pestañas de azabache; la pura frente, la delicada nariz y la tez nevada de Geraldina, y la boca de coral y perlas de su padre Jorge; su talle era el de una ondina; sus piés eran tan pequeños, que no se comprendía que pudieran sustentar su alta estatura, pues era crecida para su tierna edad; sus manecitas de marfil tenían lindas uñas rosadas, y estaban cruzadas de venas azules.

Tal era Catalina Parr á la tierna edad de seis años.

Eran sus ojos tan grandes que, al abrirlos, dejaban ver de par en par su alma llena de nobleza y de ternura; y cuando inclinaba sus párpados, guarnecidos de negra seda, aquella densa sombra, sobre la rosada blancura de sus mejillas, prestaba á su rostro una expresion arrebatadora.

Al contrario que su hermano, la niña llevaba puesto un traje blanco sencillísimo, de muselina, sin

ninguna joya ni adorno en su atavío; su cabecita de querubín estaba cubierta de gruesos y dorados bucles que rodeaban su frente.

—Arabela, dijo Guillermo dirigiéndose á la señora de edad que acompañaba á los dos niños; voy á ver si hallo algun nido en el parque.

Esta se sonrió é hizo un signo de asentimiento.

Era una mujer que podria contar cuarenta años; de fisonomía ajada y pálida, pero dulce é inteligente.

Vestía un brial de seda negra y una toca de gasa blanca, sujeta en su cabeza con largos alfileres de oro.

Era una viuda de excelente y noble carácter y variada instruccion, á quien lord Parr y su esposa habian sacado de la miseria y la habian nombrado aya de sus hijos.

—Guillermo, dijo Catalina con dulce y encantadora gravedad al oír las palabras de su hermano; ¿cuándo dejarás de ser desobediente?

—¿Qué quieres decir? preguntó admirado el niño cuando ya iba á echar á correr en busca de los nidos.

—¿No sabes lo que te tiene dicho nuestra madre?

—¿Qué me tiene dicho?

—Que no llares á nuestra aya Arabela, sino Mis-triss Arabela.

—¡Bah! bah! ¿y por eso me reprendes? Pues ella me dice que la llame Arabela á secas, por que le gusta más.

—En efecto, Miss, observó el aya con una ternura respetuosa; cuando me hablais vos y vuestro hermano con franqueza, se me figura que me quereis más.

—De ese modo, aya mia, tú no nos amas nada absolutamente, dijo Catalina meciendo su encantadora cabecita.

—¿Por qué?

—Porque jamás te olvidas de llamarme á mi Miss, y Milord á mi hermano; jamás nos tuteas...y eso que, segun dices, te recordamos á tus hijos!

—¡Oh, sí! murmuró la pobre mujer llevando el pañuelo á sus ojos; me recordais á mis pobres niños!

Al oír estas palabras, Guillermo, abandonando su idea de buscar nidos, se aproximó al aya y le dijo con tímida ternura:

—¿Eran, pues, tus niños muy buenos y muy hermosos?

—¡Mucho! respondió Mistriss Arabela.

—Lo creo muy bien, observó Catalina, porque, segun dice mi padre, sólo se llora á los niños que son buenos, cuando se los lleva Dios.

—¿Eran tan hermosos como nosotros, ó más? preguntó el petulante é irreflexivo Guillermo.

—Eran, Milord, casi tan bellos como vosotros.

—Serian más acaso, áun cuando mamá nos dice dos ó tres veces cada día:—«¡Hijos míos! qué hermosos sois!»—Y eso que papá la riñe; ¿y cómo se llamaban tus niños, aya?

—Valker y Susana.

—¿De qué murieron? preguntó á su vez Catalina.

—¡En un naufragio, hija mia, en el que tambien perdí á mi esposo!

Algunas lágrimas corrieron por las pálidas mejillas de Arabela.

Catalina se levantó, sacó su pañuelito, guarnecido de encajes y las enjugó cariñosamente; luego tomó la mano del aya y le dijo con voz sumisa:

—¡Perdónanos, Mistriss Arabela!

—¿De qué he de perdonaros, querida y amable Miss?

—De la pena que hemos causado hablándote de tus hijos.

—Amada niña, respondió el aya; despues de perderlos, no podia prometerme suerte más feliz que la de vivir á vuestro lado.

—¡Aquí vienen nuestros padres! gritó Guillermo; y veloz como el pensamiento echo á correr hácia la entrada del parque donde nacia la elegante escalinata que conducia al castillo.

En efecto, por ella bajaban un caballero jóven y hermoso, en cuyo brazo se apoyaba una mujer como de veinte y cinco años, pálida y doliente.

Eran Milord y Milady Parr.

Aquella Geraldina fresca, alegre, que hemos visto al principio de esta historia, habia desaparecido.

Desde el nacimiento de Catalina, su madre, herida en los resortes de la vida, caminaba penosa y lentamente, pero con paso seguro hacia la tumba, y sólo quedaba de lo que fué, una sombra vaga, aunque siempre encantadora.

Su atavío, á pesar de su doliente estado, era rico y elegante.

Llevaba un traje de brocado lila guarnecido de cinta verde; en su cuello y brazos se ostentaban magníficas perlas, y entre sus cabellos, siempre hermosos y abundantes, se entrelazaba otra sarta, de notable pureza y tamaño.

Su marido la conducía con un cuidado lleno de ternura; cada día se encerraba en su habitación y lloraba amargamente la pérdida, próxima ya, de su adorada compañera, y este dolor sordo, concentrado y silencioso, le había vuelto injusto, como todos los dolores largos y que carecen de expansión.

Lord Parr acusaba del estado de su esposa á su hija Catalina, y había llegado á aborrecerla por haber destrozado al nacer el seno maternal.

Era una idea injusta, pero que no podía ahuyentar de su alma.

A fin de no perder un instante de los pocos que quedaban á Geraldina para permanecer en la tierra, lord Parr no se separaba de su lado, y á tanto llegaba la locura de aquel amor, que había llenado su

vida, que apenas dormía por mirar aquella delicada flor, que se inclinaba hácia el sepulcro.

Este desvelo voluntario, degeneró muy pronto en un incurable insomnio é imprimió en la hermosa fisonomía de Jorge una expresión huraña, llena de extravío en algunos instantes.

Cuando pensaba en la próxima é inevitable muerte de Geraldina, el mundo se cubría á sus ojos de un negro crespon.

¡Había sido tan dichoso á su lado!

¡Se amaban ambos con tan apasionada ternura!

Lord Parr, aún en aquella época en que la medicina había logrado tan escasos adelantos, había hecho venir á los más célebres doctores del mundo; á la ciencia de un hebreo debió el prolongar la vida de su esposa algunos años; pero aquel anciano, aposentado en el castillo, había declarado á Jorge Parr que, ántes de dos meses, quedaria viudo.

La hermosa fisonomía del Conde, tan expresiva, tan afable, se descompuso de un modo espantoso al oír la formidable sentencia, y fijó en el hebreo una mirada ansiosa.

—Escucha, le dijo asiéndole por un brazo: ¿sabes á lo que asciende mi fortuna?

—Presumo que es inmensa, respondió el israelita.

—Inmensa es, en efecto, y poco menor es la de

mi esposa; pues bien, si me la salvas, te doy todo lo que poseemos... ¡Trabajaré para vivir y mi hijo trabajará también! ¡Sí, todo lo que poseo, por la vida de Geraldina!

—Señor, respondió el doctor meciendo tristemente la cabeza; mi desgraciada raza es codiciosa; pero el amor á la ciencia, no deja lugar á la avaricia; si me fuera posible salvar á mi señora la Condesa, lo haria sin recompensa alguna; pero no puedo; he hecho lo que nadie, despues de Dios, podria hacer, prolongando su existencia hasta hoy.

—¡Oh, pues entonces prolongala al ménos por algunos meses más! exclamó Jorge uniendo sus manos en actitud de tan fervorosa y desesperada súplica, que el israelita sintió llenarse sus ojos de lágrimas; pero, dominando al fin su emocion, respondió con voz firme:

—Es imposible, señor; si quereis conservar á vuestra esposa, pedid á Dios que haga un milagro, pues es lo único que la puede salvar de una muerte cercana.

Lord Parr rogó, en efecto, mucho á Dios, y algunas veces abrigaba la esperanza de que sus ruegos fuesen oidos.

De cuando en cuando preguntaba al médico:

—¿Puedo tener esperanzas?

—No, milord, respondia el anciano; no abrigueis ninguna.

De esta suerte pasó un mes y despues algunos otros dias.

La vida de Lady Parr debia, pues, llegar á su término, segun las predicciones del doctor.

Vamos ahora á encontrar á los dos esposos que bajaban del interior del palacio para reunirse con sus hijos en el parque.